

do el que la editorial francesa haya añadido otras diversas cartas en las que se hace referencia a nuestra santa, ya que nos harán conocer detalles sobre su vida que no figuran ni en *Historia de un alma* ni en sus cartas.

Por otra parte, esta correspondencia ya completa y contextualizada nos va a permitir descubrir las auténticas relaciones que se daban entre santa Teresa del Niño Jesús y las personas de su entorno ¿Cómo descubrir el trato entre dos personas si de una tenemos sus cartas y de la otra no? La lectura de la totalidad de las cartas y/o notas que se intercambiaron dentro del Carmelo de Lisieux, ya una vez Teresa dentro, nos permite también adentrarnos nosotros en él, es como ver en secuencias sus diversas etapas: postulante, toma de hábito, profesión y, ya profesada, sus vivencias bajo los dos prioratos, el de Madre María de Gonzaga y Madre Inés de Jesús.

Otra aportación será vislumbrar mejor la verdadera personalidad de sus diferentes corresponsales que, en ciertos casos, con lo hasta ahora publicado, no quedaba bien definida, así como la gran estima y valoración que les merecía nuestra santa.

Y para terminar, mencionar la gran riqueza que supone el disponer de las cartas de sus dos hermanos espirituales, por los que tanto oró y se sacrificó: el semina-

rista Bellière, para quien la ayuda y apoyo espiritual de santa Teresa del Niño Jesús fue esencial en su vocación, y el padre misionero Roulland, quien, una vez ya en su misión de China, tuvo que hacer frente a muchas pruebas y peligros que relata con gran detalle en su correspondencia.

Confiamos en que esta publicación de Monte Carmelo (Grupo Fonte) será muy bien acogida por los innumerables devotos y seguidores del *caminito* de santa Teresas del Niño Jesús, y que abrirá “nuevas ventanas” a los intelectuales que desean conocer más a fondo la vida y doctrina de nuestra santa.
PILAR VELASCO.

5. SCHLOSSER, M., *Teología de la oración. Levantemos el corazón*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 2018, 285 pp., 14x20 cm.

La Doctora en teología, Marianne Schlosser (1959), autora de este libro, es especialista en espiritualidad de la patristica latina y de la Baja Edad Media, profesora y directora del departamento de Teología espiritual de la Facultad de teología de la Universidad de Viena, miembro de la Comisión teológica internacional, etc.

De entrada

Cuatro afirmaciones iniciales de la autora son fundamentales

para presentar este libro: “La ‘teología espiritual’ es la reflexión en torno a la ‘vida espiritual’”; “La oración personal como expresión de la relación con Dios, como ‘aliento de la fe’, constituye el centro de la vida espiritual”; “El presente volumen tiene su origen en la docencia universitaria y quiere ofrecer una ayuda para la enseñanza de esta materia o para el estudio personal”; “Como ‘compendio’, esta obra quiere posibilitar una visión de conjunto, trazar las líneas principales y ofrecer sugerencias que ayuden a profundizar en los distintos campos” (p. 9). La autora promete otros volúmenes, que formen un todo con el presente.

La estructura del libro gira en torno a tres partes (I. La oración en la Sagrada Escritura; II. La oración: profundización sistemática; III. La praxis de la oración personal) y un extenso Apéndice (textos sobre la oración y para la oración). Precedida por una interesante Introducción y seguida de una selecta Bibliografía y los Índices ya habituales de autores y materias.

Desarrollo. La oración en la Sagrada Escritura

“La oración cristiana se basa e inspira en las grandes oraciones de la tradición bíblica” (97). “La clase y el contenido de la oración dependen sobre todo de *quién* sea Dios para el orante” (12). “Si la oración depende de en qué Dios se crea, es

evidente la gran importancia que para la oración cristiana tienen las Sagradas Escrituras del Nuevo y el Antiguo Testamento” (15). Merece la pena subrayar esta relación Dios-oración. No son pocos los que la acentúan; aunque tampoco son muchos. A mí me parece interesante.

Modelos y formas bíblicas

“La historia de Israel es también una historia de orantes” (23). La autora escoge algunos de los muchos orantes del AT, hombres y mujeres (de estas solo Ana y Ester). En breves dosis van pasando desde los patriarcas hasta los “sabios”, que encarnan las diversas formas de oración: súplica, acción de gracias, penitencia, lamentación... La parte principal se reserva a los salmos, “compendio de todas las agradas Escrituras del Antiguo Testamento” (41), comentando ampliamente el salmo 23: “El Señor es mi pastor”. “Este salmo... alcanzó pronto una especial relevancia para la teología y la mística cristianas” (50).

El Nuevo Testamento, oracionalmente, se puede dividir en tres partes (no es tan estricta la autora): Jesús orante (atenta especialmente al evangelista Lucas); oración a Jesús (“no solo se ora ‘en Cristo’ y ‘con Cristo’, sino también a él” (67); Jesús maestro de oración. La parte del león se la lleva el magisterio oracional de Jesús, que se

centra en el Padre nuestro, oración del cristiano, que es comentado siguiendo las peticiones del mismo (con especial atención a la petición: “*Danos hoy nuestro pan de cada día*”: *material y espiritualmente*; sobre todo el segundo).

Esta primera parte se cierra con una breve “nota sobre la oración con motivo del encuentro de miembros de diversas religiones”. Es un tema que goza de progresiva actualidad. Para la autora: “Resultado posible —en determinadas circunstancias— orar en presencia de miembros de otras religiones..., pero no ‘orar en común’” (99). Es la doctrina oficial de 1986 (Asís). Se queda corta.

Profundización sistemática

“Quien reflexiona sobre la esencia y el acto de orar tropieza con preguntas teológicas fundamentales, que afectan a la imagen del ser humano y de Dios” (12). Es una afirmación que, con matices, se encuentra varias veces a lo largo del libro y que realmente es esencial y se manifiesta particularmente en la oración de petición e intercesión, tratada por la autora, ya en la introducción, en apretada síntesis, y ampliamente en esta segunda parte. La providencia como expresión de la preocupación de Dios frente a la menesterosidad humana serpentea desde algunas corrientes filosóficas de la antigüedad hasta nuestros días,

pasando por los maestros de la sospecha. Flanquean a la oración de petición la oración de alabanza y de adoración.

Siguiendo lo que podemos llamar “teoría” oracional, presenta la autora los “modos de realización”, centrados en la oración vocal (insistiendo en la oración vocal como oración interior) y la meditación y la contemplación, “términos [que]... a menudo se utilizan en la actualidad como intercambiables; pero [que], pese a su cercanía, designan cosas distintas” (142).

Praxis

Sin praxis de oración, no hay oración. Es un principio realista para no caer en la ingenuidad: “los grandes orantes (los Padres del desierto, Agustín, Juan Casiano, Tomás de Aquino, David de Augsburg, Teresa de Jesús...) han sido siempre realistas” (183).

En la pedagogía oracional, las técnicas son tan necesarias como insuficientes: “Se pueden dar consejos, pero no existe una técnica que pueda aprenderse” (154). “El verdadero maestro que nos enseña a orar es el Espíritu Santo. Pero también hay que dejarse enseñar, querer ser enseñado... [porque] en ocasiones el Espíritu Santo actúa a través del consejo de otras personas, que conocen por experiencia propia las dificultades para orar y han recibido ya el auxilio de otros” (154). La autora, sensible

siempre a la experiencia de la tradición, recorre la historia, desde “la iglesia antigua” (muy querida y recordada), pasando por la Baja Edad Media, los siglos XVI y XVII (resaltando *Camino de perfección*, de santa Teresa e *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales) y llegando a nuestros días con una atención especial, no única, a Romano Guardini y a Henri Caffarel.

La praxis de la oración, supuesta y afirmada la “fecunda tensión” (156) entre sus polos interior y exterior, se manifiesta en las “circunstancias de la oración”: lugares, tiempos, posturas y gestos, etc. La autora concede un amplio espacio a estas “circunstancias”. Y, afirmado el principio general de la posibilidad de orar en cualquier lugar, tiempo, postura y gesto, etc., reivindica lugares, tiempos, gestos, etc. “privilegiados”, de acuerdo con la amplia tradición cristiana desde la Iglesia primitiva (145) y los orígenes monacales: “Padres monacales del desierto egipcio” (146) y “monjes primitivos” (170) hasta nuestros días. Entre otras “circunstancias”, la autora familiariza con: sencillas invocaciones, oración de (a) Jesús, genuflexiones, postraciones, jaculatorias, genuflexiones, miradas, manos en alto (“los ojos y las manos tienen especial importancia” (172), “orar hacia Oriente” (como el ábside y presbiterio de las iglesias) [no el

oriente no cristiano], himnos y cánticos, golpes de pecho, señal de la cruz... “Un testimonio especialmente impresionante de la diversidad de formas corporales de expresión en la oración personal son los [nueve] modos de orar de santo Domingo (174). Todo este mundo, presente en la vida cotidiana de los cristianos, y rejuvenecido en ciertos movimientos juveniles (y no solo juveniles), configura un amplio mapa de praxis oracional. La autora bucea con sensibilidad en sus riquezas y bondades sutiles y sencillas a la vez.

Apéndice

Más de la cuarta parte del libro lleva el título de *Apéndice. Textos sobre la oración y para la oración*. Son textos, de 21 autores, desde J. Casiano a J. Ratzinger, relativamente amplios (algunos ocupan hasta tres y cuatro páginas), que siguen la estructura del libro, para que puedan leerse en paralelo con los capítulos correspondientes, no se encuentran fácilmente en la literatura al uso y pueden prestar complemento, ayuda y estímulo. Interesante.

Mirada final

Aunque la estructura del libro pueda decirse “tradicional”, el libro tiene originalidad y serpentea por los variados y complejos vericuetos de la historia con conocimiento de causa. El libro es muy

sintético o conciso —quizá demasiado—, pero es claro, ordenado y ofrece muchos recuerdos sugestivos y no poco material.

La ausencia casi total de la literatura oracional de los últimos

cincuenta años, literatura abundante y trabajada, es un borrón difícilmente comprensible. AUGUSTO GUERRA